

indecentes, explotadores sin vergüenza, unos antropófagos. En cuanto á él, ¡á Dios gracias! podía dormir con la conciencia tranquila, pues siempre se había portado como amigo con sus oficiales y había preferido no ganar millones como los demás.

—En marcha, hijo mío—añadió dirigiéndose á Coupeau.—Seamos prudentes, no sea que lleguemos tarde. Bibi-la-Grillade, con los brazos colgantes, salió en pos de ellos. El día empezaba á clarear, amaneciendo enturbiado por el cenagoso reflejo del suelo; había llovido la víspera; la temperatura era apacible.

Acababan de apagar los mecheros de gas; la calle des Poissonnieres, donde flotaban todavía jirones de noche estrangulados por las casas, iba llenándose con el sordo rumor del andar de los trabajadores que bajaban hacia Paris. Coupeau, echado á la espalda su saco de plomero, caminaba con el aspecto decidido de un ciudadano que se halla dispuesto á trabajar una vez en la vida. Volvió la cabeza y dijo:

—Bibi, ¿quieres trabajar? El maestro me ha dicho que llevase un compañero, si conocía á alguno.

—Gracias—respondió Bibi-la-Grillade,—estoy de purga... Puedes proponérselo á Mes-Bottes, que andaba ayer buscando colocación... Espera; de seguro que está ahí dentro.

Llegaban en esto al final de la calle y percibieron en efecto, á Mes-Bottes en casa del tío Colombe. A pesar de la hora matinal, la taberna resplandecía con el gas encendido y las puertas abiertas. Lantier se quedó en el dintel, encargando á Coupeau que se diese prisa; pues no podían disponer más que de diez minutos.

—¡Cómo! ¡vas á trabajar con ese rocín de Borgón!—exclamó Mes-Bottes, cuando el plomero concluyó de hablarle.—¡Listo ha de ser el que me atrape en tal jaula! No; prefiero pasar sin comer hasta el año que viene... ¡Vaya, querido! ¿á que no duras allí tres días? ¡cuando yo lo digo!...

—¿De veras es mal amo?—preguntó Coupeau inquieto.

—¡Oh! lo más malo del mundo... No se puede uno

mover. Siempre está el «mono» (1) encima de la gente. Y con eso ¡unas pretensiones! ¡y una maestra que trata á todos de borrachos!... ¡una casa donde está prohibido hasta escupir!... Yo los mandé á paseo la primera noche, ¡conque ya ves!...

—¡Bueno! ya estoy prevenido. No comeré en su casa un cuarterón de sal... Voy á probar esta mañana; ¡pero si el amo me carga, lo agarro y lo tiro sobre su mujer, dejándolos pegados uno contra el otro, como un par de lenguados!

El plomero estrechaba la mano de su camarada, agradeciéndole los buenos informes, é iba á marcharse, cuando Mes-Bottes se enojó. ¡Rayos de Dios! ¿por ventura el Borgón iba á impedirles echar un trago? ¿Habían dejado de ser ya hombres los hombres? Bien podía esperar el «mono» cinco minutos. Y Lantier entró aceptando la ronda, y los cuatro permanecieron en pie ante el mostrador. Entre tanto Mes-Bottes, con sus zapatos descalzados, su blusa llena de manchas y su gorra echada atrás, vociferaba y giraba miradas de amo y señor en torno de la taberna. Acababa de ser proclamado emperador de los borrachos y rey de los cochinos, por haberse comido una ensalada de escarabajos vivos y haberle pegado un bocado á un gato muerto.

—¡Vamos á ver, descendiente de Borgia (2)—le gritó al tío Colombe;—echadnos del amarillo, de vuestros orines de burro, número uno!

Y cuando el tío Colombe, pálido y tranquilo con su chaleco azul, hubo llenado las cuatro copas, vaciáronlas de un trago aquellos cuatro caballeros, para no dejar que se evaporase el líquido.

—Esto consuela por donde pasa—murmuró Bibi-la-Grillade.

En tanto el animal de Mes-Bottes refería un chascarrillo. El viernes pasado, tan borracho estaba, que sus compañeros le pegaron la pipa á la boca con un puñado de yeso. Otro que no fuese él hubiera callado la

(1) El maestro, el patron.

(2) Envenenador.

ocurrencia; pero él arqueaba los hombros y se pavoneaba.

—¿Repiten los señores?—preguntó el tío Colombe con su gruesa voz.

—Sí, venga otra ronda—dijo Lantier.—Ahora es mi turno.

Actualmente hablaban de hembras. Bibi-la-Grillade, el domingo anterior, había llevado á su querida á Mont-rouge, á casa de una tía. Coupeau preguntó por la «Malle des Indes», una lavandera de Chaillot, muy conocida en el establecimiento. Iban á beber cuando Mes-Bottes llamó violentamente á Gouget y á Lorilleux que pasaban por delante de la taberna. Llegáronse éstos á la puerta y se negaron á entrar. El herrero no sentía necesidad de tomar nada. El cadenista, pálido y tiritando, apretaba en sus bolsillos las cadenas de oro que iba á devolver; y tosía y se excusaba diciendo que una gota de aguardiente le dejaba incapaz.

—¡Vaya unos tíos camándulas!—refunfuñó Mes-Bottes.—¡Sin duda empujan cuando nadie los ve!

Y después de haber metido la nariz en su copa, la emprendió con el tío Colombe:

—Maldito zorro, ¿has cambiado de jorro! ¡Ya sabes que á mí no se me disfraza el vitriolo!

El día iba adelantando, y una claridad opaca iluminaba la taberna, cuyos mecheros de gas apagaba el patrón. Coupeau, entre tanto, excusaba á su cuñado, á quien, al fin y al cabo, no había motivo para recomendarle si no podía beber. Hasta aprobaba á Gouget; diciendo que era una suerte no tener nunca sed. Y hablaba de marcharse á trabajar, cuando Lantier, con su énfasis de hombre de fina educación, le dió una lección: un hombre que se estima en algo, paga su ronda antes de largarse y no deja á sus amigos como un modrego, aun cuando fuera para irse á cumplir la obligación.

—¿Se ha propuesto jeringarnos por mucho tiempo con su trabajo?—gritó Mes-Bottes.

—Conque ¿va la ronda del señor?—preguntó el tío Colombe á Coupeau.

Pagó su ronda éste. Mas cuando le llegó su turno á Bibi-la-Grillade, inclinóse al oído del patrón, el cual

se negó con un movimiento de cabeza. Comprendió Mes-Bottes y púsose á vomitar invectivas contra ese avaro de tío Colombe. ¡Cómo! ¡un bribón de su calaña permitirse malos modos con su amigo! ¡Todos los taberneros le fiaban, y había de sufrir un insulto en una miserable «mina de pimienta!» A todo esto, el patrón permanecía impávido, balanceándose, apoyado sobre sus gruesos puños y repitiendo con la mayor finura:

—Prestadle dinero á ese caballero, y será fácil que nos entendamos.

—¡Voto á!... vaya si se lo prestaré—aulló Mes-Bottes.—¡Toma! ¡Bibi! ¡échale su dinero á la boca á ese judío!

Después, lanzado ya, encorocado por el saco que Coupeau llevaba en la espalda, continuó, dirigiéndose al plomero:

—Pareces una nodriza. Suelta tu rorro; sino, vas á volverte jorobado.

Coupeau vaciló un momento y, pausadamente, como si se hubiese decidido después de maduras reflexiones, dejó el saco en el suelo, diciendo:

—Ya es tarde ahora. Iré á casa del Borgoñón después de almorzar. Le diré que mi mujer ha tenido un cólico... Tío Colombe, dejo mis trebejos debajo de este banco, y pasaré á recogerlos á medio día.

Lantier, con un movimiento de cabeza, aprobó esta resolución. Que se debe trabajar, nadie lo pone en duda; pero en cambio, cuando uno se encuentra con amigos, la educación es antes que todo. Un deseo de gandulería habíase ido apoderando de los cuatro, sentíanse amodorrados, con las manos caídas y se consultaban uno á otro con la mirada. Y al calcular que tenían cinco horas de huelga, prorrumpieron en una ruidosa jovialidad, repartiéndose palmadas y echándose tiernos piropos á la faz, sobre todo Coupeau, el cual, aliviado, rejuvenecido, llamaba á los otros «ramas mías» (1). Hubo después otra ronda general, y en seguida dirigiéronse á la «Puce qui renifle», un ca-

(1) Frase de amistad. La amistad representa un árbol sólido cuyas ramas forman los amigos. (N. del T.)

fetín, en el que había un billar. El sombrerero arrugó un momento la nariz, pues aquella casa no era muy limpia; el litro de aguardiente costaba un franco, diez sueldos media pinta en dos vasos, y la clientela del establecimiento había hecho tantas porquerías en la mesa del billar, que las bolas se quedaban pegadas. Empero, una vez empeñada la partida, Lantier, que tenía una fuerza de taco extraordinaria, recobró su gracia y su buen humor arqueando el dorso y acompañando con un efecto de cadera cada carambola.

Cuando llegó la hora de almorzar, ocurriósele á Coupeau una idea, y dando una patada en el suelo, exclamó:

—Hay que ir á buscar á Bec-Salé. Yo sé dónde trabaja... Le llevaremos á comer «pies á la poulette» en casa de la tía Louis.

Aprobóse la idea. Sí, Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, debía tener ganas de comer «pies á la poulette». Partieron. Las calles estaban lodosas, y lloviznaba; pero tenían ya demasiado calor en sus cuerpos, para sentir aquella ligera rociada sobre sus hombros. Coupeau los llevó á la calle Marcadet, á la fábrica de pernos. Como llegaban media hora antes de la salida, dió Coupeau dos sueldos á un pilluelo para que entrase á decir á Bec-Salé que su mujer se había puesto mala y le suplicaba que fuese inmediatamente. Al poco rato apareció el herrero, contoneándose, con semblante muy tranquilo, olfateando una comilona.

—¡Hola, borrachones!—exclamó al percibirles ocultos detrás de una puerta.—He comprendido al momento. ¡Veamos! ¿qué se come?

Ya en casa de la tía Louis, mientras chupeteaban los huesecillos de los pies, volvieron á hablar sobre los amos. Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, explicaba que entonces había en su taller un pedido urgente. ¡Oh! el «mono» estaba muy manso en aquel momento; aunque alguno faltase á la lista, no se incomodaba, y podía darse por muy dichoso, cuando al fin y al cabo volvían al trabajo. Por lo demás, no había miedo de que un patrón se atreviese á despedir á Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, pues difícilillo era encontrar muchachos de su capacidad. Después de los pies comieron una tor-

tilla. Cada cual despachó su botella. La tía Louis recibía su provisión de vino de la Auvernia; un vino color de sangre, que hubiera podido cortarse con un cuchillo. Aquello empezaba á estar divertido; la borrasca se animaba.

—¿Qué demonche tiene ese «mono» para venir á jeringarme?—exclamó Bec-Salé á los postres.—¿Pues no se le ha ocurrido la idea de fijar una campana en su barraca? Una campana es buena para esclavos... ¡Que repique cuanto quiera hoy! ¡lléveme el diablo, si me vuelven á pescar en el yunque! Ya van cinco días que me descrismo trabajando, conque, bien puedo darme un rato... Si me echa un sermón, le mando á Chaillot.

—Yo—dijo Coupeau con aire de importancia,—me veo obligado á dejaros; voy á trabajar. Se lo he jurado á mi mujer... Divertíos, ya sabéis que mi corazón queda con vosotros.

Los demás tomaban la cosa á bromá. Mas él parecía tan resuelto, que todos le acompañaron cuando dijo que iba á buscar sus herramientas á casa del tío Colombe. Recogió su saco de debajo de un banquillo y lo dejó á sus pies, mientras echaban otra copeja. A la una, la sociedad continuaba ofreciéndose rondas. Entonces Coupeau, con un ademán de fastidio, volvió á colocar sus trebejos debajo del banquillo, pues le molestaban, y no podía acercarse al mostrador sin tropezar en ellos. ¡Nada! lo de ir á casa del Borgoñón se aplaza para el día siguiente. Los otros cuatro, que se querellaban á propósito de la cuestión de los salarios, no se sorprendieron cuando el plomero, sin más explicaciones, les propuso ir á dar un paseito por los bulevares, para desenmohecarse las piernas. Había cesado de llover. El paseito se limitó á andar doscientos pasos en fila, con los brazos caídos; y sin encontrar ninguno de ellos palabra que decir, sorprendidos por el viento, y aburridos de verse en la calle. Lentamente, y sin necesidad siquiera de consultar con el codo, subieron como por instinto la calle des Poissonnieres y entraron en casa de Francisco á echar una copa del embotellado. Verdaderamente necesitaban aquello para entonarse. La calle infundía demasiada tristeza, había

un barro que no permitía salir ni á la puerta. Lantier llevó á sus compañeros á un gabinete estrecho ocupado por una sola mesa y separado de la sala común por una mampara de cristales deslustrados. El, generalmente, tomaba sus chispas en los gabinetes, lo cual es más decente. ¿No se encontraban allí bien? Podían creer que estaban en su casa y hasta hubieran podido echar un sueño sin molestia alguna. Pidió un periódico, lo desplegó en toda su extensión y lo recorrió, frunciendo las cejas. Coupeau y Mes-Bottes habían empezado una partida de cartas. Dos botellas y cinco vasos descansaban sobre la mesa.

—Vamos á ver, ¿qué dice ese papel?—preguntó Bibi-la-Grillade al sombrerero.

Este no contestó en seguida. Después, sin alzar los ojos:

—Estoy leyendo la sesión de la cámara—dijo.—¡Vaya unos republicanos de cuatro sueldos, los malditos haraganos de la izquierda! ¿Se figuran que el pueblo les ha elegido para que vayan allí á beber agua con azucarillos?... ¡Ahí hay uno que cree en Dios y hace carantoñas á esos canallas de ministros! Si yo fuese diputado, subiría á la tribuna y diría: ¡Mierda! Ni más ni menos; he ahí mi opinión.

—¿Sabéis que Badingue se dió de bofetadas con su mujer la otra noche en presencia de toda su corte?—dijo Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.—¡Palabra de honor! ¡Y por una nimiedad! Badingue estaba algo chispo.

—¡No nos jeringuéis más con vuestra política!—dijo el plomero.—Leed los asesinatos; eso es más divertido.

Y volviendo á su juego, cantó una tercera al nueve y tres sotas.

—Tengo una tercia baja y tres palomas... Los marriaques no me abandonan.

Vaciáronse los vasos. Lantier empezó á leer en alta voz:

«Un crimen espantoso acaba de sumir en la mayor consternación al pueblo de Gaillon (Seine-et-Marne). Un joven ha dado muerte á su padre á golpes de azadón, para robarle treinta sueldos...»

Todos lanzaron un grito de horror. ¡Vaya un mons-

truo! ¡con qué gusto hubieran ido á verle descuartizar! No, la guillotina no era bastante; merecía ser hecho pedazos. Una historia de infanticidio les sublevó igualmente; pero el sombrerero, echándose las de moralizador, excusó á la mujer, achacando toda la culpa á su seductor, porque, en resumidas cuentas, si un calaverón no hubiese hecho un chiquillo á aquella desgraciada, ella no lo hubiera arrojado á la alcantarilla. Pero lo que les entusiasmó fueron las hazañas del marqués de T... al salir de un baile, á las dos de la mañana, que defendiéndose contra tres malhechores en el bulevar des Invalides, sin quitarse los guantes, se había desembarazado de sus dos primeros agresores, dándoles cabezadas contra el vientre, y al tercero lo condujo cogido de una oreja á la comisaría. ¡Vaya unos puños! ¡Lástima que fuese noble!

—Oid ahora—exclamó Lantier.—Paso á las noticias de la alta sociedad:—«La condesa de Bretigny casa á su hija mayor con el joven barón de Valençay, ayudante de campo de S. M. El equipo de la novia lleva encajes por valor de más de trescientos mil francos...»

—¡Qué nos importa todo eso!—interrumpió Bibi-la-Grillade. Nadie les pregunta de qué color es su camisa... Por más encajes que tenga la chica, no dejará de ver la luna por el mismo agujero que las demás.

Notando que Lantier tenía que acabar su lectura, Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, le quitó el periódico y se sentó encima, diciendo:

—¡Basta! ¡Basta!... Ya está en caliente... El papel no sirve para otra cosa.

Entre tanto, Mes-Bottes, atento á su juego, dió un puñetazo en la mesa. Reunía noventa y tres puntos.

—Tengo la Revolución—gritó.—Quinta mayor en bastos, veinte ¿no es así? Luego tercera mayor en oros, veintinueve: tres ases, noventa y dos... Y juego: Año primero de la República, noventa y tres.

—Te han limpiado, compadre—decían los demás á Coupeau.

Pidieron más botellas. Los vasos no estaban un momento vacíos; la borrachera aumentaba. A eso de las cinco, la cosa se ponía tan repugnante, que Lantier, silencioso, pensaba en escurrirse; desde que se em-

pezabā á hablar sin ton ni son, y á derramar el vino por el suelo, no se encontraba en su esfera. Precisamente en aquel momento se puso en pie Coupeau para hacer la señal de la cruz de los borrachos. Sobre la cabeza pronunció Montparnasse, en el hombro derecho Menilmonte, en el izquierdo la Courtille, en medio del vientre Bagnolet y en la boca del estómago tres veces conejo salteado. Entonces el sombrerero, aprovechando el clamoreo promovido por este ejercicio, tomó silenciosamente la puerta. Los otros ni siquiera advirtieron su desaparición. Lantier llevaba ya una buena chispilla; pero al llegar á la calle recobró su serenidad y se encaminó tranquilamente á la tienda donde explicó á Gervasia que Coupeau estaba con unos amigos.

Transcurrieron dos días, sin que volviera el plomero. Andaba por el barrio, aunque no se sabía positivamente el sitio. Algunos, sin embargo, decían que le habían visto en casa de la tía Baquet, en el «Papillon», en el «Petit bon homme qui tousse». Unos aseguraban que estaba solo, mientras que otros afirmaban haberle visto en compañía de siete ú ocho borrachos de su calaña. Gervasia se encogía de hombros, con aire de resignación. ¡Dios mío! era preciso irse acostumbrando. Y no corría en busca de su marido; al contrario, si le atisbaba en una taberna, daba un rodeo para no incomodarle y esperaba que volviese á casa, escuchando, á la noche, por si le oía roncar á la puerta de la calle. Coupeau, entre tanto, dormía sobre un montón de basura, en un banco, en un solar, ó atravesado en el arroyo.

Al día siguiente, mal digerida la borrachera de la víspera, encaminábase á las «minas de pimienta», entregábase de nuevo á la bebida, impelido por furioso vértigo, en medio de las copas, de los vasos y de las botellas, perdiendo y volviendo á encontrar á sus amigos, haciendo excursiones de las que regresaba atolondrado, viendo danzar las calles, caer la noche y nacer el día, sin más idea que la de beber y dormir la mona donde la pillaba. En cuanto la dormía, todo había concluido. Gervasia, sin embargo, dirigióse el segundo día á la taberna del tío Colombe, para adquirir noticias.

Le habían visto cinco veces; era lo único que podían decirle. Y hubo de contentarse con llevarse los trebejos de su marido, que habían quedado debajo del banquillo.

Aquella noche, viendo tan disgustada á la planchadora, le propuso Lantier llevarla al café-concierto, para distraerse un rato. Gervasia empezó por rehusar, pues no se encontraba en disposición de divertirse. A no ser así, no se hubiera negado, pues el sombrerero la invitaba de una manera demasiado atenta, para que pudiese sospechar en él la menor mala intención. Parecía interesarse en su desgracia y se mostraba verdaderamente paternal.

Nunca había pasado Coupeau dos noches seguidas sin dormir en casa. Por ello, pues, á pesar suyo, iba Gervasia cada diez minutos á asomarse á la puerta, sin soltar la plancha, mirando á los dos extremos de la calle, para ver si venía su marido. Aquella zozobra, según decía, le causaba un hormigueo en las piernas que no la dejaba estar quieta. Ya podía Coupeau haberse roto un miembro, ó ser aplastado por un coche y quedarse en el sitio, que lo que es ella se vería libre de una pesadísima carga y no conservaría en el corazón el menor sentimiento por un ente tan grosero. En verdad, era irritante el haberse de estar preguntando á cada rato si volvería ó no volvería.

Y, cuando encendieron las luces, Lantier la invitó de nuevo al café-concierto, y ella aceptó. Al fin y al cabo, era demasiada necedad rehusar una diversión, cuando su marido estaba llevando una vida de polichinela desde hacía tres días. Ya que él no entraba en casa, bien podía ella salir. Hasta le daban tentaciones de pegar fuego á su tienda ¡de tal modo empezaba á subirsele á las narices el aburrimiento de la vida!

Comieron de prisa. Al salir, dando el brazo al sombrerero, á las ocho, encargó Gervasia á mamá Coupeau y á Naná que se acostasen en seguida. Como la tienda estaba ya cerrada, pasó por la puerta del patio y dió la llave á la señora Boche, diciéndole que si su mariano regresaba, hiciera el favor de acostarle. El sombrerero la esperaba en el umbral, vestido con su mejor traje, silbando un estribillo. Gervasia llevaba un ves-

tido de seda. Siguieron despacio la acera, arrimados uno contra otro, iluminados por el reflejo de las luces de las tiendas que permitían verlos hablando á media voz, con la sonrisa en los labios.

El café-concierto estaba en el bulevar Rochechouart, un antiguo cafetín que habían ensanchado uniéndole un patio cubierto con tablas. En la puerta, una guirnalda de globos de cristal dibujaba un arco luminoso. Grandes anuncios, pegados en tableros, descansaban en la acera.

—Hemos llegado—dijo Lantier.—Esta noche estreno de la señorita Amanda, cantatriz de género.

Y divisó á Bibi-la-Grillade, que también leía el cartel. Bibi tenía un ojo amoratado, de resultas de algún puñetazo recibido el día antes.

—¿Y Coupeau?—preguntó el sombrerero, mirando en torno suyo.—¿habéis perdido quizás á Coupeau?

—¡Oh! ¡no hace poco tiempo! ¡desde ayer!—respondió el otro.—Hubo una de porrazos al salir de casa la tía Baquet. A mí no me agradan juegos de manos... Las disputas fueron con el mozo de la tía Baquet, á causa de una botella que quería cobrarnos dos veces... Entonces yo me escurrí y me fuí á dormir un rato.

Todavía bostezaba, y había dormido diez y ocho horas.

Por lo demás, su embriaguez estaba completamente disipada, quedándole sólo un atontamiento; y su vieja chaqueta aparecía llena de hilachos, señal infalible de que se había acostado vestido.

—¿Y no sabéis dónde está mi marido?—interrogó la planchadora.

—No, ni puedo atinar... Cuando salimos de casa la tía Baquet, eran las cinco. Es todo cuanto sé... Tal vez haya bajado á lo largo de la calle... Sí; me parece que le ví entrar en el «Papillon», con un cochero...

Lantier y Gervasia pasaron una noche agradable en el café-concierto. A las once, cuando cerraron las puertas, regresaron como de paseo, sin darse prisa. El frío se dejaba sentir, la gente se retiraba por grupos, y algunas muchachas se desternillaban de risa, junto á los árboles, en la sombra, porque los hombres les daban bromas muy de cerca. Lantier cantaba entre di-

tes una de las coplas de la señorita Amanda: «C'est dans le nez qui ca me chatouille». Gervasia, aturdida y como achispada, repetía el estribillo.

Había sentido mucho calor, y además los dos refrescos que acababa de tomar la habían mareado con el humo de las pipas y las emanaciones de aquella aglomerada concurrencia. Conservaba, sobre todo, una viva impresión de la señorita Amanda. Nunca se hubiera ella atrevido á presentarse desnuda de aquel modo ante el público. Fuerza era convenir, sin embargo, en que la tal cantatriz tenía un cutis envidiable. Y, con sensual curiosidad, escuchaba los detalles que sobre la muchacha en cuestión daba Lantier, con la suficiencia de un caballero que le hubiese contado las costillas en íntimo trato.

—Todos duermen—dijo Gervasia después de haber llamado tres veces, sin que los Boche hubiesen tirado del cordón de la puerta.

Al fin, ésta se abrió, mas el zagúan estaba obscuro, y cuando la planchadora golpeó el ventanillo de la portería en demanda de su llave, la portera, adormilada, le farfulló una historia de la cual no entendió nada, en un principio. Por último, comprendió que el municipal Poisson había conducido á Coupeau en un estado lastimoso, y que la llave debía estar en la cerradura.

—¡Demonche!—murmuró Lantier, cuando hubieron entrado;—¿qué porquería habrá hecho por aquí? ¡Es una verdadera infección!

En efecto, hedía, y fuerte. Gervasia, que andaba buscando fósforos, caminaba sobre mojado. Cuando hubo logrado encender una bujía, ofrecióse á su vista un bonito espectáculo. Coupeau había vomitado hasta las tripas, emporcando toda la habitación; la cama estaba hecha una plasta, lo mismo que la alfombra; y la cómoda se encontraba llena de salpicaduras. Y á todo esto, Coupeau, caído de la cama donde sin duda le había colocado Poisson, roncaba aquel lago, en medio de su inmundicia. Allí yacía, encenegado como un cerdo, embadurnadas sus mejillas, resoplando el apesadado aliento por su abierta boca y barriendo con sus ya canosos cabellos el pantano extendido alrededor de su cabeza.

—¡Oh! ¡qué cochino! ¡qué cochino!—repetía Gervasia indignada, exasperada.—Todo lo ha manchado... No, un perro no hubiera hecho otro tanto; un perro vagabundo es más limpio.

Ninguno de los dos se atrevía á dar un paso, no sabiendo dónde sentar el pie. Nunca había regresado el plomero con una turca tal, ni había puesto el cuarto de un modo tan ignominioso. Así, pues, aquel espectáculo infería un rudo golpe á los sentimientos que su mujer pudiese todavía conservar por él. Otras veces, cuando se presentaba alegre ó á medios pelos, recibíale Gervasia complaciente y sin repugnancia. Pero actualmente era ya demasiado; su corazón se sublevaba. Ni aun con tenazas le hubiera cogido. La sola idea de que la piel de aquel marrano tocara á la suya, le daba un asco semejante al que hubiera sentido si la obligasen á acostarse al lado de un cadáver descompuerto por una repugnante enfermedad.

—Y sin embargo, he de acostarme—murmuró.—No puedo ir á dormir á la calle... ¡Oh! ¡capaz soy de pasar por encima de él!

Intentó, en efecto, pasar una pierna al otro lado del borracho; mas hubo de agarrarse á una esquina de la cómoda para no resbalar en la inmundicia: Coupeau obstruía completamente el paso á la cama. Entonces Lantier, que sonreía ligeramente viendo que Gervasia no dormiría en su almohada aquella noche, la tomó una mano, diciéndole en voz baja y ardiente:

—Gervasia... óyeme, Gervasia...

Mas ella comprendió y se desasíó, aturrida; tuteándole á su vez, como antaño:

—No, déjame. Te suplico, Augusto, que te vayas á tu cuarto. Ya me arreglaré; subiré á la cama por los pies...

—Vaya, Gervasia, no seas tonta—repetía Lantier.—Huele aquí muy mal, y no puedes quedarte... Ven... ¿Qué temes? ¡Si no nos oye!

Gervasia luchaba, diciendo que no con la cabeza; enérgicamente. En su turbación y como para demostrar que se quedaba allí, desnudábase, echando su vestido de seda sobre una silla, quedándose violentamente en camisa y en enaguas, completamente blanca, desnudo

el cuello y desnudos los brazos. Su cama era suya ¿no es así? pues quería dormir en su cama. Por dos veces más intentó hallar un hueco limpio y pasar. Mas Lantier no cejaba; le cogía la cintura, y le decía cosas, que hacían hervir la sangre de sus venas. ¡Ah! ¡qué situación la suya, con un marrano de marido delante que le impedía deslizarse honestamente debajo de su sábana, y con un maldecido lujurioso detrás, que únicamente pensaba en aprovecharse de su desgracia, para volver á poseerla! Como quiera que el sombrerero alzaba la voz, rogóle ella que se callase. Y escuchó, inclinando el oído hacia el gabinete donde descansaban Naná y mamá Coupeau. La niña y la anciana debían estar dormidas, pues se oía una respiración fuerte.

—Suéltame, Augusto, vas á despertarlas—repuso Gervasia con las manos juntas.—Sé prudente... Otro día, en otro sitio... ¡Aquí no; delante de mi hija, no!

Lantier no hablaba ya, continuaba sonriendo; y lentamente le dió un beso en la oreja, como la besaba antiguamente, para convencerla y aturdira. Entonces Gervasia quedó sin fuerzas, y sintió un gran zumbido y sus carnes estremeciéronse. Sin embargo, dió un paso más; pero hubo de retroceder. Aquello era imposible, el asco tomaba tales proporciones, y la peste aumentaba en tal grado, que si la planchadora llega á acostarse, acaba por echar á su vez las tripas. Coupeau, entre tanto, cual si descansara en un colchón de plumas, aplastado por la embriaguez, dormía su mona, inertes los miembros y el pescuezo torcido. Ya podía la calle entera entrar á besar á su mujer, que ni un pelo de su cuerpo se habría movido.

—Tanto peor—tartamudeaba ella,—la culpa es suya, no puedo más... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡ah! ¡Dios mío! me echa de mi cama; ya no tengo cama... ¡No, no puedo más, la culpa es suya!

Temblaba, perdía la cabeza; y al tiempo que Lantier la empujaba hacia su cuarto, apareció el rostro de Naná á través de uno de los cristales de la puerta del gabinete. La chica acababa de despertarse y levantarse silenciosamente, en camisa, pálida de sueño. Contempló á su padre revolcado en su vómito, y después, pegada la mejilla al cristal, permaneció allí hasta que

las enaguas de su madre desaparecieron en el cuartito del otro hombre, en frente de ella. La chica estaba seria y abría unos ojazos de niña viciosa, encendidos por una curiosidad sensual.

IX

Aquel invierno, mamá Coupeau por poco espichá en un acceso de asma. Cada año, en diciembre, ya se sabía que su asma le hacía guardar cama durante dos ó tres semanas. Ya no era una muchacha de quince; pues iba á cumplir sus setenta y tres el día de San Antonio. Con esto, muy zancarrona, cansándose por una nimiedad, aun cuando gruesa y gorda. El médico anunciaba que el mejor día se largaría al otro barrio tosiendo, en un decir: «¡Buenas noches, Juanita; se apagó la luz!»

Cuando guardaba cama mamá Coupeau, se volvía mala, como la sarna. Hay que decir que el gabinete donde dormía con Naná, no tenía nada de alegre. Entré la cama de la niña y la suya no había más espacio que para dos sillas. El papel de las paredes, un rancio papel gris despintado, caía en jirones. La ventanilla redonda contigua al techo daba paso á una claridad opaca y ruin, cual de bodega. Muy pronto se volvía uno viejo allí dentro, sobre todo si éste era una persona que no pudiese respirar. Por la noche, cuando le atacaba el insomnio, escuchaba la respiración de la niña, y esta era una distracción. Pero de día, como quiera que no siempre podían hacerle compañía, refunfuñaba, lloriqueaba y repetía á sus solas, horas enteras, moviendo de uno á otro lado la cabeza en su almohada:

—¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Dios mío! ¡cuán desgraciada soy!... ¡Sí, me dejarán morir como en un calabozo!

Y cuando la visitaban Virginia ó la señora Boche,

preguntándole cómo seguía de salud, no les contestaba y empezaba la retahíla de sus lamentaciones.

—¡Ah! ¡muy caro es el pan que como en esta casa! ¡No! ¡no sufriría tanto en casa de unos extraños!... Mirad; he pedido una taza de tisana y ¡qué han hecho? me han traído lleno de tisana un puchero, como para echarme en cara que bebo demasiado... En cuanto á Naná, esa muchacha á quien he criado, se larga descalza por la mañana y ya no la vuelvo á ver. Diríase que huye de mí, como si yo oliese mal. Sin embargo, por la noche, se duerme á pierna suelta y no se levanta ni una sola vez para preguntarme si me duele algo... En una palabra, les estorbo y esperan que espire. ¡Oh! no tardaré en hacerlo. Ya no tengo hijo; esa maldita planchadora me lo ha robado, y me pegaría y acabaría conmigo si no le tuviese miedo á la justicia.

Gervasia, en efecto, mostrábase algo ruda en ocasiones. El establecimiento decaía, á todo el mundo se le agriaba allí el carácter, y unos y otros se mandaban noramala á la primera palabra. Una mañana Coupeau, que había saltado de la cama con un gran dolor de cabellos (1) exclamó: «¡Esa vieja siempre dice que se va á morir y no se muere nunca!» Frase que hirió á mamá Coupeau en lo más hondo de su corazón. Se le reprochaba lo que costaba, y se le decía con la mayor tranquilidad que si estuviese muerta se economizaría mucho. Verdad es que no se portaba como hubiera debido, pues cuando veía á su hija mayor, la señora Lerat, lloraba lástimas, acusando á su hijo y á su nuera de que la dejaban morir de hambre, y todo ello era para sacarle una moneda de veinte sueldos, que luego se gastaba en golosinas. También murmuraba abominablemente con los Lorilleux, diciéndoles que sus diez francos se gastaban en caprichos de la planchadora, en gorros nuevos, en pastelillos devorados á escondidas y en cosas todavía más sucias, que no se atrevía á nombrar. Por dos ó tres veces, faltó poco

(1) Generalmente los borrachos, al día siguiente á sus bacanales, sienten un dolor especial en la raíz de los cabellos.